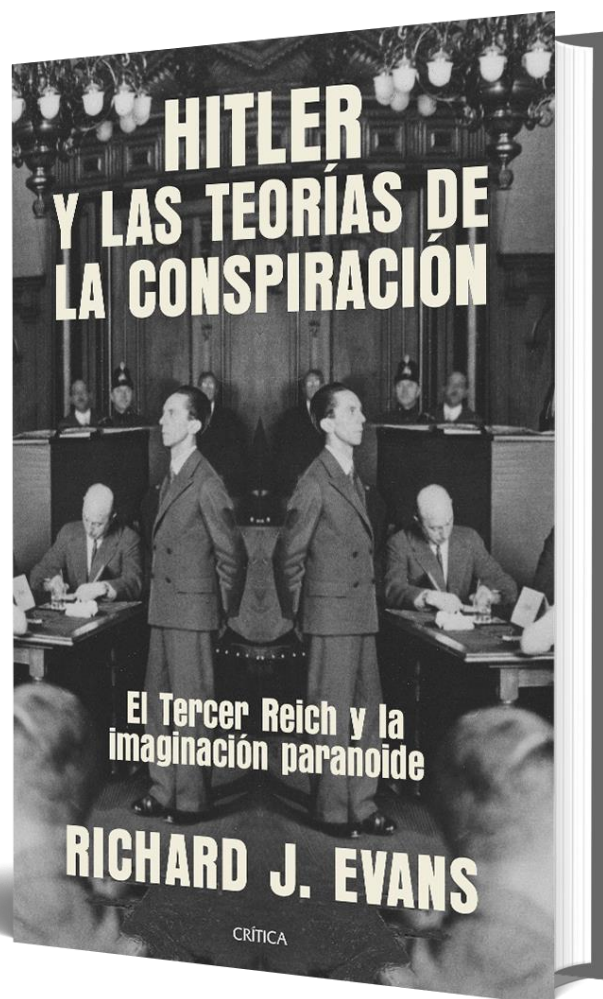


CRÍTICA

**RICHARD
EVANS**

Hitler y las teorías de la conspiración

Sir Richard J. Evans, presidente del Wolfson College de Cambridge y experto en el Tercer Reich, analiza con rigor e ironía cinco de las 'fake news' más duraderas del nazismo



A LA VENTA EL 9 DE JUNIO

AUTOR DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

MATERIAL EMBARGADO HASTA PUBLICACIÓN

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:
Laura Fabregat (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
682 69 63 61 / lfabregat@planeta.es

Erica Aspás (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
93 492 87 52/ easpas@planeta.es

SINOPSIS

La idea de que todo está sujeto a las maquinaciones de un grupo selecto de personas es tan antigua como la historia misma. Actualmente estamos viviendo un auge de las teorías de la conspiración y, entre ellas, algunos relatos revisionistas de la historia del Tercer Reich se han vuelto más populares debido a nuevos puntos de investigación y a supuestas nuevas evidencias.

Richard Evans, reconocido historiador del Tercer Reich, ha escogido cinco de las teorías conspirativas más duraderas sobre el período nazi y las analiza con rigor y cierto grado de ironía. Se trata de la supuesta **conspiración de los judíos para socavar la civilización** según *Los protocolos de los sabios de Sion*, el mito del “**puñal por la espalda**” de **socialistas y judíos al ejército alemán** en la derrota de la primera guerra mundial, el **incendio del Reichstag** provocado por los nazis para tomar el poder, el misterioso **vuelo de Rudolf Hess a Reino Unido** en 1941 para negociar la paz y, por último, el eterno rumor de que **Hitler escapó del búnker** en 1945 y vivió el resto de sus días en Sudamérica. Estas teorías siguen vivas a pesar de los repetidos intentos de desacreditarlas, por lo que Evans investiga sus orígenes y las causas de su persistencia para demostrar que la explotación de los mitos y las mentiras con fines políticos no son una creación del siglo XXI.

Hitler y las teorías de la conspiración es un libro de historia que propone una mirada crítica hacia una época de ‘posverdad’ en la que los ‘hechos alternativos’ han ido ganando terreno; es un libro para nuestros tiempos difíciles.

EL AUTOR

Sir Richard J. Evans (Londres, 1947) es presidente del Wolfson College de Cambridge y Provost del Gresham College de Boston. Hasta 2014 fue *Regius Professor* de historia en la Universidad de Cambridge. En 1994 recibió la Medalla de Hamburgo del Arte y la Ciencia por servicios culturales a la ciudad. En cuanto a su trayectoria literaria, ha publicado *In Defense of History* (1997), *Telling Lies about Hitler* (2001), *La llegada del Tercer Reich* (Península, 2005), *El Tercer Reich en el poder* (Península, 2007), *El Tercer Reich en guerra* (Península, 2011) y *La lucha por el poder* (Crítica, 2017). Fue nombrado Sir en 2012.



EXTRACTOS DE LA OBRA

Introducción

«Hitler es una referencia casi omnipresente en los debates en línea, sea cual sea el tema del que se trate. En 1990 el escritor estadounidense Mike Godwin ya había propuesto lo que se ha dado en llamar «Ley de Godwin», que sostiene que cuanto más se alarga una discusión en internet, más probable es que se acabe mencionando a Hitler, punto en el cual la conversación tiende a darse por terminada.»

¿Los protocolos sirvió como «justificación del genocidio»?

«*Los protocolos de los sabios de Sion*, un breve tratado que vio la luz inicialmente en los primeros años del siglo XX, es quizá una de las publicaciones más infames de todos los tiempos. “Hasta nuestros días”, sostiene Michael Butter, reputado estudioso de las teorías de la conspiración, sigue siendo “el texto esencial sobre la conspiración mundial de los judíos” porque “ayudó a crear una atmósfera que acabó desembocando en el genocidio de los judíos europeos”.

«En su forma final, por lo tanto, *Los protocolos* fue una mezcla apresurada de fuentes francesas y rusas, y su carácter confuso y caótico da fe de la celeridad e incompetencia con que se redactó. Cohn planteó la hipótesis de que el texto ya existía en su forma plena en francés hacia 1897 o 1898, pero las pruebas no lo avalan; al contrario, no cabe duda de que el montaje final se hizo en Rusia. Por desgracia, en cambio, todavía no se sabe con certeza quién compuso la versión última: aunque es probable que Pável Krusheván tuviera un papel propio en la composición, no hay datos fiables que permitan ir más allá de la sospecha. Por el momento, la identidad del compilador sigue siendo un misterio.»

«La denuncia de la falsificación se publicó con detalle en alemán en 1924 y recibió una gran publicidad. Sin duda, Hitler tuvo noticia de las alegaciones que vieron la luz en la prensa alemana; pero la revelación no le frenó. Afirmó que el hecho de que los judíos odiaran *Los protocolos* de los sabios de Sion los llevaba a pretender que este documento se basa en una «falsificación», lo cual es la prueba más clara imaginable de que es del todo genuino.»

«Establecer paralelismos entre la persecución antisemita de los nazis y las panaceas divulgadas por *Los protocolos* no resulta convincente, sobre todo a la luz de los contenidos del documento; e incluso si hubiera tales paralelismos, esto por sí solo no bastaría para demostrar que las acciones nazis eran resultado de la

lectura de la obra. De hecho, los nazis no consideraron que el documento fuera ninguna revelación, sino que interpretaron su existencia como una confirmación de lo que ya sabían.»

¿Recibió el ejército alemán una «puñalada por la espalda» en 1918?

«¿Por qué la inmensa mayoría de los alemanes se negó a aceptar el hecho de la derrota de 1918? Una razón de peso fue el hecho de que la guerra llegó a su fin cuando las tropas alemanas todavía estaban ocupando territorio extranjero, en Bélgica, el norte de Francia y una extensa región de la Europa nororiental; la situación era, pues, muy distinta a la vivida con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, porque en 1945 las tropas enemigas habían conquistado hasta el último centímetro del territorio alemán. La propaganda gubernamental alemana había estado cantando la victoria de las armas alemanas hasta prácticamente el último día de la guerra, en 1918.»

«Ludendorff no informó ni al alto mando militar, ni a los políticos ni tampoco a la opinión pública alemana sobre el rápido deterioro de la situación bélica. Antes al contrario, siguió emitiendo propaganda optimista durante varias semanas, cuando en privado ya había reconocido que la posición del ejército era insostenible. La censura militar era tan estricta que la opinión pública no pudo recibir ninguna advertencia o pista sobre la gravedad de la crisis. Así, en agosto de 1918, cuando la ofensiva aliada avanzaba con rapidez, la propaganda militar alemana seguía hablando de “victorias defensivas” e insistía en que los Aliados nunca podrían derrotar al “inconquistable” pueblo alemán.»

«La revolución que estalló el 9 de noviembre de 1918 comportó una agudización y radicalización extremas de la idea de la “puñalada por la espalda”, que desde entonces pasó a centrarse no en las condiciones generales del frente patrio, o el efecto que las peticiones de paz podían tener sobre la voluntad de combate de los soldados, sino en las actividades concretas de los socialdemócratas y sus aliados de izquierdas, que habían llevado la revolución al poder.»

«A los ultrapatriotas de la extrema derecha, cuando en la década de 1920 dirigían la mirada hacia aquellos acontecimientos del pasado reciente, les parecía obvio que —en palabras del doctor Albrecht Philipp, dirigente destacado del Partido Popular Nacional Alemán— “la revolución apuñaló al ejército por la espalda, después de muchos intentos anteriores de subversión. La leyenda de la puñalada por la espalda no es un mito vago y peligroso, como algunos

pretenden. Es una descripción clara de uno de los hechos más tristes y vergonzosos de la historia de Alemania”. La afirmación de Philipp [...] hacía referencia a las huelgas masivas que habían estallado en las fábricas en enero de 1918. [...] En la práctica, la idea de que todos estos acontecimientos estaban conectados y formaban parte de una gran conspiración socialista-pacifista para socavar la moral del ejército no se correspondía con los hechos. Las huelgas respondían al deterioro de las condiciones de trabajo, en particular en las fábricas de municiones, y se resolvieron con una serie de acuerdos entre los sindicatos y los jefes militares [...]»

¿Quién incendió el Reichstag?

«[...] Aunque la brigada antiincendios estaba usando las mangueras a discreción, el fuego ascendía hacia la cúpula con tal violencia que tuvimos que apresurarnos a cerrar la puerta otra vez. Göring recogió del suelo un trozo de tela, cerca de una de las cortinas carbonizadas, y dijo: “Mire, señor canciller, aquí puede ver cómo iniciaron el fuego. Colgaron telas empapadas de petróleo sobre los muebles y les prendieron fuego”. Hay que fijarse en ese plural. *Hicieron* esto, *hicieron* lo otro. Para Göring no cabía duda de que había tenido que participar más de un incendiario. Tenían que ser más de uno, para que encajara con su convicción de que el incendio era el producto de una conspiración comunista. Tenía que haber una banda de incendiarios. Pero cuando yo miré las telas y las demás pruebas, no pude ver nada que un hombre solo no se hubiera bastado para hacer.»

«El Tercer Reich, por lo tanto, se erigió sobre la base de una teoría conspirativa: la teoría según la cual los comunistas habían incendiado el Reichstag como primer paso de un golpe que pretendía derrocar la República de Weimar. El Partido Comunista era el opositor más implacable de los nazis: en las últimas elecciones plenamente libres de la república alemana, en noviembre de 1932, habían obtenido cerca del 17 % de los votos y aumentado sus escaños en la asamblea nacional, a diferencia de los nazis, que habían perdido algunos. El Partido Comunista de Alemania nunca ocultó que aspiraba a destruir la democracia de Weimar y crear una “Alemania soviética” al estilo de la Unión Soviética de Stalin. Los comunistas habían recurrido a la violencia para hacerse con el poder en Rusia en 1917 y, con menor éxito, en otros países durante los años siguientes, incluida la propia Alemania. A Hitler no le cabía ninguna duda de que la destrucción del Reichstag solo podía ser el producto de un complot tramado por los comunistas. En consecuencia, los líderes nazis acusaron legalmente a varios comunistas de haber conspirado para reducir a cenizas el edificio del Parlamento alemán. Con un gran despliegue propagandístico, la

acusación convenció a muchos alemanes de clase media de que el decreto se justificaba en efecto por la amenaza de un golpe de Estado comunista. »

«Dimitrov y el aparato de la propaganda comunista habían desarrollado su propia teoría de la conspiración sobre el incendio. La campaña la orquestó Willi Münzenberg, promotor propagandístico de la Internacional Comunista [...]. El argumento era muy simple: los nazis se habían beneficiado del incendio, por lo tanto, los nazis tenían que haberlo organizado (esta clase de argumentos *cui bono* casi nunca falta en las teorías conspirativas). Münzenberg y su equipo se apresuraron a compendiar ***El Libro Marrón del terror hitleriano y el incendio del Reichstag***, que vio la luz aquel mismo año. [...] ***El Libro Marrón*** también dedicaba noventa páginas a documentar la acusación de que un equipo de incendiarios nazis, encabezados por una figura de las camisas pardas, Edmund Heines, había entrado al Reichstag por un túnel secreto que partía de la residencia oficial de Göring, habían prendido fuegos en muchos puntos al mismo tiempo y habían regresado sanos y salvos por el túnel. El infortunado Van der Lubbe era un títere sobre el que las culpas recaerían a instancias de “sus empleadores”.

«En 1959, por el contrario, el semanario de noticias *Der Spiegel* publicó una serie de artículos que defendían que las dos teorías de la conspiración, tanto la comunista como la nazi, eran falsas, y que de hecho Van der Lubbe había actuado en solitario. Tres años más tarde, la investigación de fondo se recogió, muy ampliada, en un extenso libro de un autor desconocido hasta la fecha: Fritz Tobias. En sus bastantes más de setecientas páginas, ***Der Reichstagsbrand. Legende und Wirklichkeit*** [“El incendio del Reichstag. Leyenda y realidad”], Tobias presentó una diversidad de análisis detallados con minuciosidad y apoyados en una investigación ingente, que apoyaban la tesis de que Van der Lubbe había incendiado el edificio por sí solo.»

«Si uno toma en consideración el panorama general, el incendio del Reichstag quizá no fue el acontecimiento decisivo y cataclísmico que a menudo se ha afirmado que fue. Si el Parlamento alemán no hubiera quedado reducido a cenizas, es muy probable que Hitler y los nazis hubieran encontrado otro pretexto para instaurar el estado de emergencia y poner en marcha la detención masiva de comunistas y socialdemócratas.»

¿Por qué Rudolf Hess voló a Gran Bretaña?

«El comandante local de la RAF, al que la policía había puesto al corriente, llamó por teléfono al duque de Hamilton: “Un capitán alemán se ha lanzado desde un Me110 y quiere verle”. “¡Cielo santo!, ¿y por qué me quiere ver a mí?”, contestó

Hamilton. “No lo sé, se niega a decirlo [...]. Creo que debería ir a verle.” Hamilton llegó al cuartel a las diez de la mañana del 11 de mayo y entró a ver al prisionero, que había solicitado que la reunión se produjera sin otros testigos. Acto seguido el hombre se identificó como Rudolf Hess, segundo en la jerarquía del Partido Nazi. El duque se quedó asombrado, y Hess prosiguió diciendo que había acudido en una misión humanitaria. Contó que Hitler quería dejar de combatir con Gran Bretaña. En consecuencia, Hamilton debía “reunirse con miembros de su partido para hablar de la perspectiva de plantear propuestas de paz”. Hamilton contestó que incluso si Gran Bretaña acordaba una paz, en un par de años sin duda volvería a estallar la guerra con Alemania.»

«En la práctica no disponemos de ninguna prueba que respalde la teoría de que, para empezar, Hitler tenía noticia de las intenciones de Hess. El propio Hess nunca se apartó de su afirmación inicial de que había actuado tan solo por su propia iniciativa; su esposa también insistió siempre en que el vuelo había sido idea de él, y de nadie más. Si, cuando los británicos lo interrogaron, hubiera mantenido que estaba allí por orden de Hitler, esto sin duda habría reforzado su posición; pero el hecho es que desde el principio siempre lo negó. Durante el interrogatorio del 9 de junio de 1941, el vizconde Simon le preguntó: “Dígame, por favor: ¿ha venido aquí con el conocimiento de Hitler o sin que Hitler lo supiera?”. Hess contestó: “Sin que lo supiera”, y añadió: “Nada de nada” (*risas*)»

«El hecho de que tantas fuentes informaran de la rabia, y posterior depresión, que Hitler manifestó cuando tuvo noticia de la huida no ha impedido que los teóricos conspiranoicos sostengan que tal reacción fue puramente teatral, con la intención de dar a entender a todo el mundo que le había pillado por sorpresa. En la narración con la que James Leasor reconstruyó dramáticamente el vuelo se sugiere que “parece haber pocas dudas de que Hitler sabía que Hess intentaría hacer un papel de mediador”, y cita a varios contemporáneos que eran de tal opinión. A su entender, “sin que Hitler lo supiera y consintiera, Hess nunca habría podido emprender veinte vuelos de prueba desde Augsburgo”.»

¿Escapó Hitler del búnker?

«[...] varios oficiales de segundo nivel del Ejército Rojo habían informado a periodistas occidentales de que el cuerpo de Hitler figuraba entre los restos mortales de cuatro personas halladas fuera del búnker en los primeros días de mayo. El 5 de junio, oficiales del Estado Mayor ruso les dijeron otra vez a sus homólogos estadounidenses que estaban “casi seguros” de que Hitler había muerto y se había identificado su cadáver. Cuatro días después, sin embargo, el comandante soviético Gueorgui Zhúkov lo negó, a instancias de Stalin. ¿Por

qué Stalin descartó los informes de sus propias tropas del frente? Por razones políticas: **para el líder soviético, sostener que Hitler seguía con vida reforzaba su argumento de que era imprescindible tratar a los alemanes con suma dureza, para evitar un renacimiento del nazismo.** El líder soviético quería silenciar la idea de que Hitler había fallecido heroicamente, según lo narraba Dönitz, y describirlo como un cobarde que había huido de la escena de su derrota para esconderse en vete a saber qué rincón del mundo, como un criminal que intenta eludir su responsabilidad.»

«Se informó repetidamente de que se había visto con vida al líder nazi; el FBI anotó muchas referencias en el dossier que esta organización no tardó en dedicar a este caso: Algunos dijeron que sus propios oficiales lo habían asesinado en el Tiergarten; otros, que había escapado de Berlín por vía aérea; o de Alemania en un submarino. Lo habían visto viviendo en una isla neblinosa del Báltico; en una fortaleza de roca de Renania; en un monasterio español; en un rancho de Sudamérica; se le había avistado asalvajado entre los bandidos de Albania. Una periodista suiza declaró formalmente que tenía la constancia absoluta de que Hitler estaba viviendo con Eva Braun en una hacienda de Baviera. La agencia de noticias soviética Tass, por su parte, informó de que se había visto a Hitler en Dublín, vestido con ropa de mujer.»

«[...] a pesar de que McKale demolió por completo el mito de la supervivencia, toda una serie de autores y periodistas de diversa condición han continuado insistiendo en que la historia de la fuga del búnker posee una base real. De hecho, pese a todas las pruebas que demuestran lo contrario, en el siglo XXI se han dedicado más libros a la supervivencia de Hitler en Argentina que en el total de los cincuenta y cinco años precedentes. Más aún, “desde 2009 —se afirma en el análisis más reciente y riguroso sobre el tema— el debate histórico sobre la muerte de Hitler lo han dominado las teorías conspirativas”.»

«La historia de la supervivencia casi siempre retrata a Hitler trampeando tanto a la muerte como a la justicia, venciendo a la historia y burlándose del mundo. Hace que Hitler goce de los placeres domésticos con Eva Braun, por lo general en un refugio argentino, hasta alcanzar la vejez; un Hitler que no hace daño a nadie, que quizá toma el sol en alguna playa sudamericana o disfruta de paseos tropicales en compañía de sus secuaces. De hecho, la película Grey Wolf se cierra con una escena en la que Hitler, a los noventa y seis años, pasea en una silla de ruedas impulsada por su nieta (el personaje de Hitler, claro, y el de la nieta, representados ambos por actores).»

«[...] todas las teorías sobre la supervivencia de Hitler no pueden ser ciertas, porque se contradicen unas a otras. Pero todas las teorías sobre la supervivencia de Hitler sí pueden ser falsas; y lo son. Sus defensores solo pueden aportar rumores

y referencias de oídas. No están de acuerdo en cómo ni cuándo escapó Hitler de Berlín, cómo viajó al extranjero, dónde vivió, qué hizo, cómo lo hizo, cuándo o dónde murió». Por otro lado, nadie ha podido aportar ninguna fotografía de Hitler posterior al 30 de abril de 1945, ni, a tal respecto, tampoco de Eva Braun o su supuesta descendencia. Tampoco se ha detenido e interrogado a nadie, ni en el bando aliado ni en el alemán, que en teoría hubiera facilitado la escapada.»

«Entre los rasgos más alarmantes de algunas teorías conspirativas se encuentra la creencia aparente en que el hecho de si al fin y al cabo esas teorías son ciertas o no es algo que en realidad carece de importancia. Pero sí que importa. Averiguar qué ha sucedido de verdad en la historia es una cuestión difícil: precisa de mucho trabajo penoso, requiere examinar directamente las pruebas, presupone que estemos abiertos a cambiar de opinión, implica abandonar los prejuicios y conceptos previos cuando nos encontramos ante pruebas que los desmienten. Sin embargo, resulta factible, incluso en una era como la nuestra, en la que las puertas que controlaban la formación de las opiniones se han visto desbordadas por internet y ahora cualquiera puede colgar en la esfera pública lo que le parezca, por extravagantes que sean sus ideas. »



CRÍTICA

Para ampliar información, contactar con:

Laura Fabregat (Responsable de Comunicación Área de Ensayo)

M: 682 69 63 61 / E: lfabregat@planeta.es

Erica Aspas (Responsable de Comunicación Área de Ensayo)

T: 93 492 87 52 / E: easpas@planeta.es

